

A veces prosa ¿Y si fuera cierto que Alfonso Reyes escribió sobre Paracelso?

Adolfo Castañón

Nació en Nuestra Señora de los Ermites, en el cantón de Schwyz, según algunos o en Gaiss, cantón de Appenzel, según otros. El número de las localidades que se disputan el honor de haberlo visto nacer atestigua que Paracelso no era un hombre vulgar. Se dice que a los tres años un accidente lo privó de sus partes genitales; hasta los veinticinco sólo bebía agua. Su padre, hijo bastardo de un príncipe, ejerció la medicina, y se dedicaba al estudio de la química. Las nociones que él le dio sobre estas ciencias, las lecciones de alquimia del Trithemo y las de Segismundo Fugger constituyeron la primera educación del joven Paracelso y decidieron su vocación. Trabajó y aprendió practicando en las ciencias de la alquimia, la astrología, que era entonces inseparable de la química, la medicina, la cirugía. Esta última la practicó sin emplear nunca instrumentos cortantes. Paracelso recorrió Constantinopla, Transilvania, Bohemia, Polonia, Prusia, España, Portugal en busca de la Piedra Filosofal y del secreto de la transmutación de los metales diciendo el horóscopo a partir de las líneas de las manos, distribuyendo talismanes mágicos para preservar de todos los males y de todos los accidentes. En medio de esta carrera nómada, de improvisador y taumaturgo con ribetes de charlatán, realizó algunas curaciones afortunadas cuya fama llegó hasta su patria, Suiza, donde selló su reputación aliviando con ayuda del láudano la gota que sufría el célebre impresor Froben. Los magistrados lo llamaron a ocupar una cátedra de medicina y de cirugía. La conducta del profesor se repudió a todos. Daba sus cursos en lengua vulgar es decir en vil alemán que mezclaba con un latín igualmente macarrónico. Se dice que a

veces se subía a la cátedra borracho. Quemó ante sus alumnos las obras de Galeno y de Avicena, acusándolos de haber corrompido la física y la medicina. Paracelso se proclamó impudicamente Príncipe de la Ciencia. Tuvo algunas dificultades en Bale por la forma exagerada de expresarse. Tuvo que huir de ahí en 1527. Volvió a su vida errante y fue transitando de ciudad en ciudad, de Colmar a Nuremberg, de Saint-Gall a Pfeffers y de Augsbourg a Villach, hasta llegar a Salzburg donde murió el 24 de septiembre de 1541 a los cuarenta y ocho años de edad.

Incluso los críticos más acerbos conceden un lugar a Paracelso en la historia de la medicina. Mereció numerosos elogios por haber querido introducir preparaciones a base de antimonio, mercurio, sales, fierros y fosfatos. A él se le debe el descubrimiento de cómo usar el opio y el láudano. Es el último héroe de la saga de la Piedra Filosofal.

Paracelso decía conocer el secreto de fabricar oro. Escribió mucho. Muy pocas de sus obras fueron publicadas en vida. Esos trabajos se escribieron en lengua vulgar y versan sobre la medicina, la filosofía, la teología, la alquimia, así como la zoología y la botánica fantásticas.

Paracelso es evocado así por Alfonso Reyes en un texto curioso sobre “Un precursor teórico de la aviación en el siglo XVII”:¹

Como fuere, nuestro capuchino tenía en su abono el haber nacido mucho antes de Auguste Comte —para de una vez soltar el

¹ “Un precursor teórico de la aviación en el siglo XVII”, Alfonso Reyes, tomo VI, p. 283, *Obras completas*, Fondo de Cultura Económica, 1996, 293

nombre sagrado. Fuente la Peña era tan audaz como candoroso, pero no era supersticioso. Me explicaré. Estudiando Radl la alegría y la confianza natural —ya rousseauiana, con dos siglos de antelación— con que Paracelso se entregaba a sus intuiciones y a las pendientes de su fantasía, dice así:

“Ello no obstante, no era Paracelso supersticioso en el verdadero sentido de la palabra. Pues la superstición significa, en primer lugar, temor, temor al demonio, a los fantasmas, y hay en ella algo de maligno que huye de la luz y de los hombres”. (*Historia de las teorías biológicas*, traducción de F. Díez Mateo).

Los fantasmas que ve Paracelso —como los que adivina Fuente la Peña— no infunden miedo, sino curiosidad. Como no hay maleficio en ellos, sino que despiertan en-



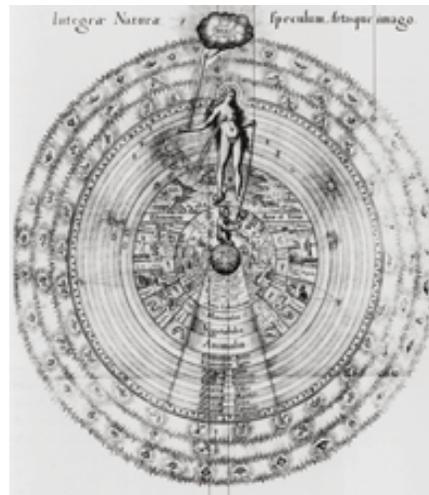
Paracelso



T. Schweighart, *Alegoría de la creación alquímica y de la Piedra Filosofal*, 1604



Alegoría del Chaos Philosophorum, siglo XVIII



R. Fludd, *La naturaleza como espejo del arte*, 1617-1621

tusismo por los vastos recursos del Universo, lo peor que de Paracelso puede decirse no es que sea supersticioso, sino que se mantiene en cierto estado de receptividad infantil. Él quiere que el mundo sea de veras tan inmenso y rico como lo sueña: que el oro, sembrado y regado, crezca y produzca un árbol; que el muerto, si falleció de accidente o violencia y no de muerte natural, pueda ser revivido (y hoy sabemos que se “resucita” a los ahogados y electrocutados, haciéndoles la respiración artificial, si fuere preciso, por varias horas); él quiere que la influencia de las estrellas se deje encerrar en un cristal (y hoy captamos las energías del rayo en una pequeña pila eléctrica). Imaginaciones todas ellas que merecieran realizarse, y que parecen meras prolongaciones de la realidad demostrada, hermosos proyectos que la complaciente naturaleza bien podría darse el trabajo de adoptar. ¿No es éste el sueño de los niños? ¿No cae por este rumbo, oh Alicia, tu reinado de las maravillas?

BREVE BIBLIOGRAFÍA SOBRE PARACELSO EN ESPAÑOL:

Tres tratados esotéricos

1. Las profecías o pronósticos de Paracelso.
2. El tratado de las ninfas, silfos, gnomos, salamandras y otros seres.
3. La filosofía oculta.

Les prophéties de Paracelse ou pronostications. Présentation et commentaires de HERNÉ MASSON [sin crédito de Jean Cyville Godefroy Ced] Paris, 1993, 121 pp.

Paracelso, *Diccionario de botánica oculta. Las plantas mágicas*, Colección Ucieza, Ediciones, 29 [Sin crédito de traductor], Barcelona, 2004, 93 pp.

Paracelso, *Textos esenciales*, Edición de Jolande Jacobi, Epílogo de C.G. Jung, traducción de Carlos Fortea, Editorial Trotta, Madrid, 1995, 332 pp. Incluye bibliografía completa y secundaria, recopilada por Gerhard Wehr.

Paracelso, *Obras completas (Opera Omnia)*, Primera traducción castellana con estudio

preliminar y anotaciones de Estanislao Lluersma Uranga, Academia C. de la Nacional de Medicina de Madrid, segunda edición, Editorial Aires, 1965, 342 pp., y en México, Colofón S. A., “primera edición”, 2000, 435 pp.

Paracelso, *Libro de las ninfas, los silfos, los pigmeos, las salamandras y los demás espíritus*. Título original: *Liber de nymphes, sylphes, pygmaeis et salamandres et de caeteris spiritibus*, traducción de Pedro Galvez, Barcelona, 1983, 111 pp. Reproduce el índice de las *Obras completas* editadas en XIV volúmenes por Sudhof.

Basilio de Telepneff, *Paracelso Genio incomprendido en una época agitada* (1945), traducción de J. Novo Cerro, Colección Infinito, Editorial Iberoamericana, Buenos Aires, (s. f.), 109 pp. [Incluye un mapa con “La gran peregrinación de Paracelso desde 1512 hasta 1524” por toda Europa].

Paracelso, *Las enfermedades invisibles*, presentación de Héctor Vihé, Distribuciones Fontamara, México, 2001, 127 pp.

U

Incluso los críticos más acerbos conceden un lugar a Paracelso en la historia de la medicina. A él se debe el descubrimiento de cómo usar el opio y el láudano. Es el último héroe de la saga de la Piedra Filosofal.